

Santos y beatos que formaron parte del Apostolado de la Oración y del MEJ



Beata Pierina Morosini



1931-1957

BEATIFICACIÓN:

4 DE OCTUBRE DE 1987

FIESTA LITÚRGICA:

6 DE ABRIL

Como miembro del Apostolado de la Oración descubrió que "podía ser santa sin ir al convento", y se empeñó activamente en todas las obras parroquiales, especialmente como celadora del seminario y de las misiones. Llegó a forjar una unión tan fuerte con el Señor a través de su oración constante en medio de sus obligaciones y entregas, que en plena juventud descubrió la belleza de la sencillez y de la pureza, y se hizo un reglamento de vida que compendia todo un estilo cristiano de vida. Comenzaba su día así: «Me levantaré a tiempo, sin descansar, y, vistiéndome modestamente, ofreceré mi día a Jesús a través de las manos de María Santísima».

Esta joven que desde pequeña guarda un gran corazón generoso y olvidado de sí, se adentra en la Acción Católica y allí comienza a conocer las vidas de «sus Santos preferidos», como los llamaba. Le gustaba celebrar la fiesta de Santo Domingo Savio, admiraba a Pier Giorgio Frassati y había leído bastante sobre San Juan Bosco y D. Orione, pero su santa preferida era su «pequeña santa», como la llamaba — pues todavía no estaba canonizada —: María Goretti. Esta alma mártir ejerció sobre Pierina una atracción tan especial y tan fuerte que compró una imagen y un marco y la puso en su habitación. Según los testimonios, releyó incansablemente la vida de María Goretti hasta el punto de desgastar el libro:

Pierina o «Piera», como la llamaban sus familiares y amigos, fue forjando un temperamento muy fuerte y dulce, sereno y puro, pero con una gravedad en sus determinaciones y un autocontrol que «transmitía respeto, confianza y admiración». Y se esforzó especialmente en transmitir las verdades más profundas de la fe y el amor a Jesús a todos aquellos que a través de la labor apostólica parroquial o juvenil que ejercía tenían contacto con ella: «Estaba en oración constante. ¡A cuántas chicas ha enseñado el Catecismo! Tenía una táctica especial para convencernos de hacer el bien. "¡Toma y haz el bien!" nos decía».

Uno de sus niños de catequesis decía: «¡Es verdad que siempre rezaba! Entre nosotros era normal escuchar a

Pierina decir jaculatorias que luego nos hizo repetir a los niños: ¡Jesús, María, os amo, salvad almas!». Y al sonido de cada hora repetimos juntos: "Una hora menos de mi vida, una hora más cerca de mi muerte".

Llegó a forjar una unión tan fuerte con el Señor a través de su oración constante en medio de sus obligaciones y entregas, que en plena juventud descubrió la belleza de la sencillez y de la pureza, y se hizo un reglamento de vida que compendia todo un estilo cristiano de vida. Comenzaba su día así: **«Me levantaré a tiempo, sin descansar, y, vistiéndome modestamente, ofreceré mi día a Jesús a través de las manos de María Santísima».**

En abril de 1947 se produjo la beatificación de María Goretti, y Pierina, a sus dieciséis años —muy a su pesar por los gastos que podría comportar, pero entusiasmada por ver en los altares a su «pequeña santa» —, pidió a sus padres poder asistir en Roma a tal acto junto a toda la juventud de su parroquia. Su madre contó después de su muerte que tras su petición comentó: «Esta hija trabaja todo el día, nunca pide nada para sí misma... ¿por qué no darle este regalo?»; y con el esfuerzo de sus padres y su propio trabajo asistió a la peregrinación para la beatificación. Le asombró poder ver en persona a la madre de María Goretti, a gente que había convivido con ella, y exclamó varias veces llena de emoción: «Me gustaría parecerme a María Goretti. ¡Me gustaría ser como ella!».

Era un alma muy sencilla a la que sus compañeros de peregrinación bautizaron con el nombre de «Ángel de la compañía», apodo que unos formulaban con afecto hacia ella y otros con cierta burla por su sencillez e inocencia. Durante el viaje de vuelta junto al resto de jóvenes escuchó de un chico el siguiente comentario: «¡La Goretti ha tenido la muerte de una ingenua! ¡Dejarse matar de ese modo! Pierina, ¿también lo harías tú?». A lo que ella respondió con decisión y sencillez delante de todos los jóvenes: «¿Por qué no? Sí, yo también me dejaría matar... ¡Me gustaría! ¡Qué alegría! ¡Yo también!».

Pierina llevaba un año trabajando en la que fue también una cantera de evangelización: la fábrica textil de algodón «Honegger», a la cual llegaba después de unas tres horas de camino, campo a través, durante las cuales se le podía ver rezando el Santo Rosario —el cual siempre llevaba en las manos— y rezando la Coronilla de los siete dolores de María, oración a la que tenía especial devoción por amar singularmente a la Virgen dolorosa.

En la fábrica es reconocida por su dedicación incansable, su olvido continuo de sí, su oración en medio del trabajo, a veces muy duro, y la pureza en su vestir y actuar. Una de sus compañeras de trabajo testificó: «La llamaban "simplona" porque nunca se quejaba, los trabajos más costosos siempre recaían en ella. Nunca se enfadaba y respondía dulcemente: "Debemos ofrecer todo al Señor por los pecadores pobres"».

Una hermana suya que le preguntaba por qué vestía siempre con un mismo vestido, de tela burda, —que no cambiaba ni en verano, suponiendo un calor extremo para ella— y de corte sencillo, recatado, siendo tan joven..., recibió de ella esta respuesta: «Porque no me importa el mundo; voy vestida como me gusta: el mundo realmente no importa nada para mí». Y a una señora que le hizo la misma observación, le dijo: «Las mujeres que visten incluso de la manera menos modesta, lo hacen libremente: ¿y por qué no podría vestirme yo como quiero? El Señor me mira igualmente. Cuando hay limpieza, basta. Cada uno que mire por sí mismo; yo sigo así».

A veces, cuando salía de trabajar visitaba enfermos, ancianos, y en medio de esos actos de caridad, visitaba siempre un santuario dedicado a la Virgen dolorosa, a la que siempre dedicaba un tiempo de su día.

«Trabajaba continuamente: cosía, remendaba, limpiaba y siempre estaba contenta y feliz. A menudo la vi remendando ropa de personas pobres o enfermas, empleando cada mínimo momento de su tiempo; repetía a menudo: "El tiempo es más precioso que el oro"».

Su vida de piedad fue fortalecida recibiendo cada día a primerísima hora de la mañana, antes de entrar a trabajar en la fábrica, a Jesús Eucaristía. Asistía a la Misa, a veces empapada por la larga caminata bajo la lluvia, y confesaba con frecuencia. Algo que el mismo párroco admiraba y recordaría siempre.

Su director espiritual afirmó: «En Pierina lo ordinario mismo

era extraordinario. Ella era un alma constantemente inmersa en Dios y guiada en todo por Él. Por mi parte, diré que Pierina confrontó todo internamente con lo que sabía que era la voluntad de Dios, y esto le dio una asombrosa sabiduría».

Según pasaba el tiempo ella se fue sabiendo más de Dios, y tomó la resolución de hacer voto de castidad de modo privado con permiso de su director espiritual. Entre sus escritos apareció esta oración:

«En tus manos puras confío mi cuerpo, mi mente, mi corazón y todos mis bienes espirituales pasados, presentes y futuros, para la mayor gloria de Dios y para la salvación de las almas. Recoge Madre compasiva mi pobre OFRECIMIENTO y obténme de Jesús, de mi Esposo y Rey de mi alma, pureza y fidelidad constante. Oh María, siempre joven porque siempre pura, haz que mi corazón rejuvenezca con la belleza de la castidad».

La pureza de corazón y de cuerpo fue forjando en ella un alma muy entregada y absorta muchas veces en la contemplación en medio del trabajo del día a día. Otra frase escrita en su cuaderno es: «La virginidad es un silencio profundo de todas las cosas en la tierra». Incluso llegó a plantear en su casa la posibilidad de consagrarse como religiosa, decisión que no podría ser llevada a cabo —según el parecer de sus padres— por la apremiante necesidad de su presencia en la casa. Esta negativa sería para ella una gran oblación que guardó en su corazón.

Durante el curso de trabajo en 1957, en el mes de marzo, mantuvo una conversación con uno de sus hermanos, el cual le preguntó si no tenía miedo de atravesar los bosques cada día sola cuando iba y volvía del trabajo y a las horas que lo hacía (se levantaba a las tres o cuatro de la madrugada para llegar hacia las siete de la mañana a la Misa; llegaba a su casa hacia las siete u ocho de la tarde). La conversación giró en torno a ser atacada precisamente en su pureza. Ella confesó que sí tenía miedo en algunos momentos en que presentía que alguien la seguía o veía caminando sola, pero respondió conclusiva: «Antes que cometer un pecado me dejaré matar».

Unos días más tarde, el 4 de abril, después de trabajar y visitar a la Virgen dolorosa, comenzó su andadura a casa, rosario en mano. Le salió al encuentro un hombre, y acosándola con intimidaciones deshonestas hacia su pureza comenzó a atormentarla. Tras las fuertes negativas de Pierina, fue golpeada repetida y brutalmente en la cabeza con grandes piedras, y cayó al suelo perdiendo mucha sangre mientras no paraba de repetir palabras de fe y perdón.

Fue llevada a un hospital y pudo recibir los últimos sacramentos junto a su madre y familiares, pero Pierina se apagó humanamente para este mundo terrenal y comenzó a brillar en él con la fuerza de los santos.

El 4 de octubre de 1987, el papa Juan Pablo II, en Roma, la propuso como modelo para todos los jóvenes del mundo proclamándola beata.